

«Una de las principales dotes del orador, sobre todo del orador popular, es la oportunidad, sin la cual el poder y la vehemencia de la acción quedan estériles. No basta anunciar á un pueblo la verdad: es preciso apropiarla á la conciencia de ese pueblo. Mucha luz desvanece: el que no sabe moderar su brillo, ciega, en vez de iluminar. El tacto de la elocuencia es inspirado por el amor á la verdad y por el amor á los hombres. El que ama la verdad más que á sí mismo, busca el triunfo de ella, y no la expone, revelándola sin discreción, á la diferencia ó al desprecio; el que ama á los hombres compadece su debilidad y la mira con respeto, no comunicándoles sino lo que pueden entender. El método de Jesucristo en su enseñanza popular, manifiesta su exquisita prudencia. Él, que venía á este mundo á *dar testimonio de la verdad*, la amó hasta la muerte. Todas sus palabras revelan mesura y reserva: *no arrojó las margaritas á los cerdos, ni dió las cosas santas á los perros*. Su amor á su pueblo, á su país, á los hombres á quienes quería salvar, resplandece en todos los hechos de su vida. Conoce la debilidad humana, sus preocupaciones, su ignorancia, su dureza é incapacidad, y tiene compasión de ellas. Es paciente, porque sabe que su evangelio y doctrina, destinados á iluminar á los siglos, tendrán necesidad de siglos para penetrar en todos los espíritus y renovar el mundo, á causa de la malicia humana.»

Estas palabras del célebre dominico, á la vez que un cumplido elogio de la admirable predicación del Salvador, manifiestan también los arduos deberes del orador sagrado y el método que ha de emplear para que su palabra produzca frutos de vida eterna.

CAPÍTULO NOVENO. LAS CIENCIAS.

1. Variedad de las ciencias: clasificación.—2. Importancia de las ciencias en general, y de las puramente racionales ó filosóficas en especial.—3. Dios y la naturaleza.—4. La Iglesia católica no rechaza las ciencias naturales ni el progreso material.—5. Acusaciones infundadas que se le hacen como á enemiga del adelanto científico y material.—6. Sabios cristianos que se distinguan en el campo de las ciencias naturales.

1. Variedad de las ciencias: clasificación.—Dado el hombre de facultades nobilísimas, estimulado por muchas necesidades físicas y morales, y rodeado de innumerables objetos que llaman su atención, siente dentro de sí un impulso vivo de saber y razón dase de las cosas. Este *instinto de curiosidad*, este deseo de conocer, innato en nuestro espíritu, y que nos acompaña desde la primera edad, da origen al cultivo de las ciencias y manifiesta, además, la limitación de nuestras facultades y la ignorancia en que estamos acerca de muchísimas verdades, para cuya adquisición necesitamos trabajo constante y bien dirigido.

La ciencia es un tesoro inestimable que el hombre debe esforzarse en poseer y acrecentar cada día, á fin de nutrirse con la verdad, pan del espíritu, y de enriquecerse con un sinnúmero de conocimientos utilísimos, ilustración de la inteligencia y fecundo provecho en las múltiples exigencias de la presente vida.

El ideal de la ciencia, dice un autor, es conocerlo todo y explicarlo todo; pero esta ciencia *universal y absoluta*, síntesis de todas las ciencias particulares, es propia y exclusiva de Dios. El hombre, finito y limitado, no puede alcanzarla; pero mediante el cultivo de las ciencias especiales, que aumentan á menudo y se desenvuelven gradualmente, le es dado ensanchar los conocimientos á diario y acercarse al ideal científico.

Es indudable que esta aspiración de saber más y más, experimentada por el hombre, le impulsa á la labor intelectual y constituye uno de sus timbres de gloria; puesto que, ejercitando sus facultades cognoscitivas, llega á enseñorearse del

mundo físico, á descubrir los secretos y leyes que lo rigen, así como el orden y belleza del mundo moral. El cultivo de las ciencias ha sido, y será siempre, una de las más nobles ocupaciones del espíritu, un elemento poderoso de civilización, y uno de los mayores beneficios que Dios ha concedido al hombre. Por esto juzgo oportuno tratar brevemente de las ciencias en general, á fin de fomentar la afición á ellas entre la juventud estudiosa, tanto más cuanto que una parte considerable de ésta se dedica de preferencia á las ciencias especulativas y á determinadas profesiones liberales, con descuido y menoscabo de las ciencias experimentales y de las artes de aplicación, que son tan útiles en la vida práctica, por cuanto hacen al hombre dueño de la materia, favorecen la industria y el comercio, y producen el bienestar temporal que los individuos y los pueblos pueden lícitamente apetecer.

Santo Tomás define la ciencia en sentido *subjetivo*: «conocimiento cierto y evidente de las últimas razones de las cosas por medio del raciocinio». En sentido *objetivo* se la puede definir: «sistema íntegro de nociones de un mismo orden y dependientes de un solo principio».

Como la ciencia humana es limitada y parcial, admite clasificación, ó, mejor dicho, división. Muchas son las divisiones que de ella se han hecho. Las principales son: la de Aristóteles, que distinguía las ciencias según las formas de la actividad humana, en *especulativas*, ó de puro conocimiento; en *ciencias prácticas*, cuyo fin es dirigir nuestros actos; y en *poéticas*, que tienen por objeto la realización de obras extrañas al agente. Ampère divide las ciencias en *cosmológicas* ó de la materia, y en *noológicas* ó del espíritu. Compte las clasifica en *abstractas*, que se proponen descubrir las leyes; y en *concretas*, que aplican las leyes á los seres y á los hechos¹.

En la edad media se clasificaron las ciencias en divinas y humanas, en cuanto fuesen conocidas por la luz de la razón, ó por medio de la Revelación. Entre los modernos, sobre

¹ Cf. Cours de philosophie, por F. J.

todo desde Bacon y Descartes, se dividen en ciencias *experimentales*, en *filosóficas* y en *teológicas*. Oigamos á un autor de nuestros días.

«En el vasto campo de nuestros conocimientos actuales ó posibles, es fácil reconocer tres regiones distintas, si bien sus límites aparecen frecuentemente mal precisados y confundidas sus fronteras.

«Los fenómenos materiales, los hechos positivos y sensibles, sus causas inmediatas, las leyes que las rigen, lo desconocido en el tiempo pasado y lo desconocido en la naturaleza; componen el dominio particular de la *ciencia experimental*, la cual abarca, en el tiempo y en el espacio..., el Universo material todo entero.

«Los hechos intelectuales y morales, observados con ayuda de la conciencia, las verdades primeras, las causas substanciales, las cuestiones de origen ó de finalidad, el ser necesario, el ser contingente, inmaterial y libre, todas estas realidades de un orden superior, conocidas por las luces naturales de la razón, componen el dominio de la *filosofía*.

«Las relaciones de la criatura con el Criador, los destinos inmortales del hombre, conocidos por una luz superior á la de la razón; Dios (lo dice Santo Tomás) considerado como la causa primera, no sólo cual nuestro entendimiento puede concebirlo, sino como la Revelación nos lo muestra, forman el dominio de la *teología*.»¹

Si nos fijamos en la nomenclatura de las ciencias hasta hoy conocidas, admiramos su variedad y la multitud de materias sobre que versan, pudiéndose decir, en alguna manera de ellas, lo que de Salomón refiere la Biblia: esto es, que «trató con incomparable sabiduría, desde el cedro que se cria en el Libano hasta el hisopo que brota en las paredes»². Mas como el hombre no posee como aquel Rey ciencia infusa, tiene que conseguirla con el *sudor de su frente*, para de este modo acrecentar diariamente con tenaz esfuerzo el caudal de sus conocimientos y recorrer con lentitud el campo

¹ *Duilié de Saint-Projet*, Apología científica de la fe.

² 3 Reg. IV, 33.

vastísimo del saber, sin que pueda llegar al término de la jornada, por la deficiencia de facultades y brevedad de la vida. Ya en la antigüedad dijo un filósofo que *sólo sabía que nada sabía*: frase amarga y exagerada, que significa, en todo caso, que es mucho más lo que ignora el hombre que lo que sabe.

Pero el hecho mismo de ignorar el hombre muchas verdades, aun del orden natural, avivando en él el deseo de conocerlas, le lanza á regiones inexploradas, á fin de arrancar nuevos secretos á la naturaleza, y de ampliar conocimientos; con lo que sus deseos quedan satisfechos, sus facultades se desarrollan notablemente y las ciencias adelantan sin cesar.

«La inteligencia del hombre se alimenta con la verdad, así como su cuerpo se alimenta con pan», dice Van Tricht¹. «Pues el amor de sí mismo le llevó á buscarla.... Gozó con el conocimiento y quiso conocer aun más. Cada nuevo descubrimiento le enardecía, y buscaba cada vez más...; fué devorado por la sed de saber, y la ciencia le fué proveyendo del vino necesario para extinguir esa sed de su alma.

«De aquí procede la inmensa enciclopedia de los conocimientos humanos, edificio que, piedra por piedra, han ido construyendo todos los siglos.... En esta llama se han inspirado los investigadores de todas las edades. ¡Las ciencias de la tierra y las ciencias del cielo, las ciencias de la materia y las de la vida, las ciencias del espíritu y las del corazón, todas han salido de aquí!

«No solamente la ciencia pura ó teórica, sino la ciencia aplicada ó práctica, ha tenido este origen; lo mismo la del antiguo Tubalcain, que descubre el arte de forjar los metales, que la del ilustre Pasteur que descubre en los seres infinitamente pequeños el secreto é inmunidad de las enfermedades; lo mismo la de Adán que pone nombre á las plantas y á los animales, que la del astrónomo que á cada estrella señala un lugar en el mapa celeste, para guía del marino á través del inmenso y obscuro mar.»

¹ Conferencia familiar sobre el egoísmo.

2. Importancia de las ciencias en general, y de las puramente racionales ó filosóficas en especial. —

De la noción de la ciencia y de su clasificación, se deducen su importancia y eficacia para el progreso humano. Dios, el hombre, la naturaleza, ó sea, el ser en toda su amplitud, constituye el dominio incommensurable de la ciencia humana; y aun cuando la que trata de Dios, ocupa entre todas el primer lugar, también son muy útiles las del orden natural, y aun prestan no pocos servicios á la ciencia sagrada.

Lo que distingue al hombre del bruto es la inteligencia y la libertad: por la primera conoce la verdad; por la segunda es dueño de sus actos y responsable de ellos. Esta posibilidad de conocer la verdad, eleva al hombre sobre los seres sensibles é irracionales y su posesión proporciona una de las más puras fruiciones al espíritu; porque, si es grato extraer el oro de las entrañas de la tierra, ¡cuánto más no lo será extender los horizontes del saber y acrecentar el caudal de los conocimientos humanos! Y como el dominio de las ciencias es ilimitado, pues se extiende más allá de lo visible, la inteligencia obtiene en sus investigaciones constantes triunfos y se inunda en la luz esplendorosa de la verdad.

El estudio de las ciencias es no sólo útil al espíritu, sino también un medio de cumplir la misión especial que Dios señala á ciertos hombres en el mundo, levantándolos sobre el nivel común. Por ésto, en la formación de la juventud estudiosa, ocupan las ciencias puesto distinguido; y la instrucción de ella sería deficiente si no se iniciara desde los primeros años en los secretos de la ciencia y se la hiciera participante de sus beneficios, aun para que con su auxilio comprendiese mejor la grandeza y hermosura de las obras de Dios.

«La ciencia es la luz que ilumina al mundo y mantiene la vida intelectual», dice Ortolán¹. «¡Cuán magnífico es el espectáculo del sol naciente! Desde luego los tintes indecisos de la aurora obligan á las tinieblas á retroceder paso á paso; después, el astro del día lanza sus primeros rayos sobre las capas superiores de la atmósfera, coloreando el hori-

¹ En la obra: *Savants et chrétiens*.

CRESCO-TORAL, Educación. Ed. 2.

zonte y dorando la cima de los cerros; en fin, avanza en su carrera, cubriendo todo el cielo de vivísimos y variados matices, hasta que, aumentando en claridad, llega al esplendente fulgor del mediodía.

«No fué menos admirable el aparecer del sol de la ciencia, en medio de las tinieblas que cubrían á la humanidad. La ignorancia la había, durante muchos siglos, envuelto en un sombrío velo, que poco á poco fué descorriéndose con la luz del genio. Á medida que los siglos se suceden, la luz es más brillante y extensa, y se reúnen, como en un haz, sus diversos rayos, que parecen emanar de un mismo foco, y se superponen unos á otros, centuplicando su fuerza é iluminando luego al mundo entero.

«Asistimos al nacimiento del sol intelectual, ya al estudiar los escritos de los sabios de todas las edades y sorprender en ellos las ideas primordiales que han presidido á los grandes descubrimientos, ya al meditar la vida de estos héroes del saber. Sin los ensayos penosos y los esfuerzos perseverantes de nuestros antepasados, estaríamos aún en la ignorancia. Ellos cavaron el surco; sus sucesores sembraron el buen grano; otros, que vinieron después, lo regaron, y nosotros comenzamos á recoger el fruto de sus trabajos. Seguramente son las primicias de la cosecha; pues las espigas abundantes exigen, para llegar á la madurez, una luz más ardiente.»

Pero las ciencias no sólo enriquecen y perfeccionan nuestra facultad intelectual, sino que también son muy útiles para la vida práctica. El hombre procura instruirse tanto por amor á la ciencia, como por satisfacer debidamente, con su auxilio, sus necesidades y mejorar las condiciones materiales de la presente vida. La industria es la aplicación de la ciencia, que se sirve, como de medios, de la experiencia y del razonamiento ¹.

«Cuanto ocupa útilmente al hombre», dice un autor de nuestros días; «cuanto perfecciona la sociedad ó la embellece sin corromperla; cuanto contribuye á la prosperidad pública,

¹ Cf. Cours de philosophie, por F. 7.

como los descubrimientos científicos y las diversas aplicaciones de la industria; cuanto aumenta el bienestar material; y, sobre todo, cuanto desarrolla la inteligencia, depura el gusto, eleva y encanta la imaginación; todo esto es digno de aplauso y de respeto, como un destello de la eterna verdad que viene á reflejarse en la inteligencia humana.»¹

«Cuando se compara la innumerable multitud de los fenómenos de la naturaleza con los límites de nuestro entendimiento y la debilidad de nuestros órganos, no se puede esperar otra cosa de la lentitud de nuestros trabajos, de sus largas y frecuentes interrupciones, y de la rareza de los genios creadores, sino algunas piezas rotas y separadas de la gran cadena que liga todas las cosas.... El hombre no puede ser un sabio consumado. De las ciencias se puede decir lo que un antiguo decía de la Divinidad: *una esfera infinita cuyo centro está en todas partes, y la circunferencia en ninguna*. Nadie es capaz de recorrerla. Por esto nos aconseja el Apóstol que estudiemos con sobriedad: *sapere ad sobrietatem*, á fin de que no vaguemos inútilmente buscando los límites de este abismo.»²

Las altas cimas son siempre de difícil acceso. Esto acontece, en el mundo físico, con las montañas coronadas de nieve y circundadas de nubes; en el mundo social, con las grandezas humanas; en el mundo intelectual, con los descubrimientos de la ciencia. Pero, en cambio, ¡cuánto se goza con la posesión de la verdad! Esas emociones profundas, esa *embriaguez* intelectual, esos entusiasmos de la victoria, los han experimentado todos los obreros de la civilización, como legítima recompensa de sus penas y trabajos. Hay verdades científicas que son batallas ganadas, decía Descartes.

Entre las ciencias humanas existe jerarquía, fundada en su dignidad y en la mayor ó menor importancia de los asuntos de que tratan. Según este aspecto, corresponde el primer lugar, entre todas ellas, á la filosofía, de la que se tratará en el capítulo siguiente.

¹ Accusations contre la religion.

² Fr. Vicente Solano, Obras.

3. Dios y la naturaleza. — Al tratar, aunque sea brevemente, de las ciencias naturales, es preciso decir algo de lo que es su fuente y el objeto constante de sus investigaciones: á saber, la naturaleza, ó el mundo físico. Pero ante todo se debe asentar como verdad inconcusa que Dios sacó de la nada el universo mundo, ó sea la materia de que éste se compone, la cual, según la teoría más aceptada hoy, se transformó sucesivamente y adquirió modos de ser más perfectos, por la acción de las leyes á que Dios le sometiera¹.

La filosofía cristiana enseña igualmente que Dios es no sólo creador sino también conservador de todos los seres, y amorosa providencia suya. Esta conservación incesante equivale á una creación continuada, «no en el sentido de que á cada momento pasen aquellos de la nada á la existencia», como lo advierte Farges², «sino en el de que la voluntad divina, después de haberlos sacado de la nada, persevera en producir su efecto. Como el aire, para ser iluminado, afirma Santo Tomás, debe recibir constantemente la acción luminosa del sol, así el ser que procede de otro, para mantenerse tal cual es, tiene necesidad de permanecer sin cesar bajo el influjo del primero. Imagen muy expresiva de la dependencia esencial y perpetua de la criatura con respecto á su Creador.»

Íntima es la dependencia de todo cuanto existe con respecto á Dios, centro hacia el cual gravita el mundo físico, intelectual y moral, y *Sol divino* que atrae los seres, dice el mismo autor, y los tiene pendientes de sus rayos de luz y de vida. Nada en el mundo puede subsistir ni perfeccionarse sin su constante socorro y asistencia³.

Otro principio fundamental en esta materia, es que Dios es el *fin último* de sus criaturas, como es su *principio* por la creación, y su *medio* por la Providencia. *Todas las cosas las ha hecho el Señor para gloria de sí mismo*, dice el Sabio⁴.

¹ Cf. González, La Biblia y la ciencia.

² Etudes philosophiques: L'idée de Dieu.

³ Cf. Farges ibid.

⁴ «Universa propter semetipsum operatus est Dominus» (Prov. XVI, 1).

Considerada la naturaleza como hechura de Dios, su estudio es muy grato y provechoso para el hombre, que descubre, en cada uno de los seres, las huellas y destellos de las perfecciones divinas. Por esto el profeta David afirma que *los cielos publican la gloria de Dios y el firmamento anuncia la grandeza de la obra de sus manos*¹. La naturaleza es un *libro abierto* en que el hombre aprende á conocer y amar á su Autor; y son tantas las armonías, la belleza y el orden de la creación, que nos sentimos dulcemente inclinados á bendecir y adorar á la primera causa. «La contemplación de las obras de Dios», dice el Padre Secchi², «es una de las más nobles ocupaciones del espíritu y el fin principal del estudio de la naturaleza.»

«Santo Tomás de Aquino reconoció (lo dice Hettinger³) la trascendental importancia de la consideración y estudio inteligente de la naturaleza (Summa contra gent. II, 2 sq.). Este estudio, afirma el santo Doctor, es el más á propósito para afianzar la fe y extirpar los errores, puesto que la potencia y sabiduría de Dios se nos muestra con tanto mayor esplendor, cuanto más meditamos sus obras, y nuestro amor hacia Él crece tanto más, cuanto más contemplamos las bellezas que su mano ha derramado; pues sabido es que toda la hermosura que en las criaturas aparece distribuida y repartida, procede de Dios, fuente y manantial de toda belleza. Conociendo á las criaturas nos asemejamos cada vez más á Aquél que se conoce á sí mismo de un modo perfectísimo y conoce á cuanto está fuera de Él. El conocimiento recto de la naturaleza es también el mejor preservativo contra los errores del paganismo, contra las creencias de la astrología, del fatalismo, la magia y la superstición, y en fin, por él llega el hombre á conocer su verdadera posición en el Universo. El amor con que San Francisco de Asís invitaba á todas las criaturas, al sol, la luna, las estrellas, al viento, aire y agua, áregonar las alabanzas del Señor; el amor que hizo, según

¹ «Caeli enarrant gloriam Dei, et opera manuum eius annuntiat firmamentum» (Ps. XVIII, 7).

² «El Sol».

³ «Timoteo ó Cartas á un joven teólogo».

la tradición, que un San Antonio predicara á los peces, y un San Egidio abrazara á los árboles y á las rocas, vivía también en los grandes místicos de las otras órdenes religiosas, Hugo y Ricardo de San Víctor, Enrique Susón, Taulero y otros muchos, que esforzándose á buscar en la creación símbolos delicados para representar sus elevadas ideas, llegaron en cierto modo á espiritualizar la naturaleza misma.»

Los paganos, que no tenían conocimiento exacto de Dios, se extraviaron en el estudio de la naturaleza, y, embelesados por su hermosura, llegaron á divinizarla y á tributarle culto. Los astros, los animales y aun las plantas recibieron adoración entre ellos; pero, á la luz de la fe comprende fácilmente el hombre que los objetos visibles, por hermosos que sean, no merecen culto, aun por el hecho de serle inferiores, y que únicamente Dios es acreedor á su amor y adoración. Guiado por esa lumbre divina, conoce que sólo Dios es independiente en absoluto, y que, cuanto fuera de Él existe, le está sujeto; que Él es la causa *primera* de todo, y las criaturas causa *secundaria* de los efectos que producen; que Dios es, en una palabra, como dice Santo Tomás, la razón propia por la cual entra en el imperio del ser aquello que empieza á existir; y que la criatura, al obrar bajo la acción de Dios, es la razón por la cual la cosa naciente entra en esta ó en aquella clase determinada del ser.

Cierto es que la acción de Dios en el mundo no menoscaba la actividad peculiar de cada ser; porque Dios, que ha dado á las cosas un ser propio, les ha otorgado también una actividad propia, para que obren conforme á su tendencia natural¹. Pero es indudable que *en Dios vivimos, nos movemos y existimos*²; y por esto, para los sabios cristianos la naturaleza es una escala que conduce á Dios; y cuando descubren alguna de sus leyes y secretos, prorrumpen en cánticos de alabanza y gratitud al Hacedor Supremo. Képler se sintió feliz por haber descifrado el enigma de la naturaleza. Mediante una sagacidad maravillosa y un vuelo atrevido

¹ Cf. P. Tilmann Peach, Los grandes arcanos del Universo.

² «In ipso vivimus, et movemur, et sumus» (Act. XVII, 28).

de su alma, adivinó la grandiosa uniformidad del plan divino en la obra incomparable de la creación; mas él permaneció humilde. Se arrodilló delante de Dios, supremo ordenador de las cosas, y le atribuyó toda gloria. El sabio Newton experimentó una agitación semejante cuando vislumbró el gran principio de la atracción universal¹. «Yo soy cristiano», repetía el sabio matemático Cauchy, en medio de sus cálculos profundos; «yo creo en la divinidad de Jesucristo con Descartes, Copérnico, Newton, Pascal, Euler... con todos los grandes astrónomos, con todos los grandes físicos, con todos los grandes geómetras de los siglos pasados... Mis convicciones son el resultado de un examen concienzudo.»²

Siempre que con calma y recta intención, escudriña el hombre la naturaleza y sus leyes, queda admirado de su orden y concierto, y escucha algo como un cántico misterioso que todos los seres entonan en alabanza de Dios. ¿Quién, al contemplar el cielo tachonado de estrellas, y esas miríadas de astros que con perfecta regularidad giran en el espacio; quién, á la vista del mar inmenso é insondable, de los montes cubiertos de nieve, de los campos vestidos de flores y de la admirable estructura que se nota aun en la hoja arrebatada por el viento ó en el insecto hollado por nuestros pies; quién no se siente pasmado de la sabiduría de Dios, anonadado ante su soberana majestad, y deseo de amarle? ¿No es cierto que el Universo nos habla de Dios con un lenguaje indefinible? ¿No es cierto que nos estimula á conocerlo y á servirlo? «La materia inorgánica que forma nuestra tierra, nuestros planetas, el sol, las estrellas y esa multitud de nebulosas en vía de evolución ó de disolución, que llenan la inmensidad de los cielos, nos revelan á su manera, sea por su masa gigantesca, sea por sus movimientos giratorios ó sus vibraciones caloríficas, luminosas y eléctricas, el poder y la inmensidad de Dios, publicados por todas partes», según dice un filósofo moderno³.

¹ Cf. Ortolán, Savants et chrétiens.

² Cf. Accusations contre la religion.

³ Fergus. l. c.

La bondad y hermosura de Dios se reflejan, en algún modo, en los seres creados; y por esto la contemplación de la naturaleza despierta en el alma sentimientos religiosos y le hace vislumbrar la belleza del mundo invisible. «A medida que Dios trazaba en los espacios el gran libro de la naturaleza, se detenía á considerar cada una de sus páginas, después de terminarla», dice el cardenal Pie¹. «Y todo este gran trabajo obtuvo sucesivamente la aprobación del divino Artífice, que lo declaró bueno aun en sus detalles. *Et vidi Deus cuncta que fecerat, et erant valde bona...* Expresión de la sabiduría, del poder, de la bondad y belleza de su Autor, la naturaleza es un libro lleno de enseñanzas para el espíritu, lleno de delicias para el corazón. Para un alma recta y, sobre todo; pura, hay fruiciones inexplicables en la contemplación del mundo creado; pero es necesario examinar las cosas de Dios con rectitud y no someter la obra del Eterno á la comprobación orgullosa de nuestro pensamiento de un día... Anemos y alabemos la inefable belleza y bondad del Creador en sus obras; pero respetemos y adoremos sus inscrutables designios en todo lo que supera á nuestros alcances.»

En el estudio de la naturaleza hay que tener en cuenta lo que dice León XIII: «Si bien las ciencias naturales, convenientemente enseñadas, son á propósito para manifestar la gloria del supremo Artífice impresa en los objetos visibles, también son capaces de arrancar del alma los principios de la sana filosofía y de corromper las costumbres, sobre todo á los jóvenes, cuando se las comunica con dañadas intenciones.»²

Las ciencias naturales, como todas las demás, han de procurar encaminar al hombre á Dios; y, por esto, el sabio Leibnitz deseaba vivamente «que aquéllas fomentasen siempre

¹ *Cœuvres sacerdotales.*

² «Nimium sane constat, de natura doctrinam, quantum ad percipiendam summi Artificis gloriam in procreatis rebus impressam aptissima est, modo sit convenienter proposita, tantum posse ad elementa sane philosophiæ evelenda corrumpendosque mores, teneris animis perverse infusam: (Encyclica Providentissimus Deus).

la gloria de Dios y el bien de la humanidad»: doble objeto que sintetiza con exactitud la noble misión de la ciencia.

Para percibir los encantos del mundo físico, sirve mucho el candor del alma; «porque, cuando el pecado la afea, parece que la naturaleza se oculta á sus miradas y que las criaturas pierden su hermosura. El *Sol invisible*, fuente de toda belleza, se ha eclipsado, para no dejar ver sino formas materiales é incomprensibles. La naturaleza es un paraíso terrenal para el alma inocente, en el que reconoce y encuentra á Dios en todas partes; es un libro sublime en donde cada ser es una palabra y cada horizonte una frase, libro que va entreabriéndose lleno de misteriosos esplendores, en la bóveda azul del cielo y en la tierra adornada con todos sus encantos. El alma pura comprende este libro, porque, amando á Dios, le busca y se alegra de haberlo encontrado. En todas partes descubre la huella de sus pasos; el poder de la mano creadora le es sensible, tanto en la humilde florecilla como en el árbol frondoso; tanto en el insecto que se arrastra á sus pies como en el ave de canto melodioso. Todas las criaturas le hablan de Dios, y en cada una de ellas encuentra los vestigios del tránsito de Dios, *vestigia Creatoris.*

«El pecado afea al alma, estraga todos sus placeres y la inunda en una secreta amargura. El jardín de delicias se trueca entonces en tierra maldita, en la que el alma se siente detenida y desgarrada de todos lados por las espinas del remordimiento. Como Adán culpable, teme encontrarse con Dios; se oculta á sus miradas, y, por una especie de pudor cristiano, se aleja de cuanto puede hacerle ver á Dios ó hablarle de Él.»¹

El alma, que de suyo es religiosa, experimenta, al contemplar la naturaleza, una fruición indefinible; se reconcentra, medita, gusta de la soledad; entra en comercio con Dios cuyas huellas descubre en los objetos que la rodean, «Dios», exclama San Agustín², «es el arquitecto que fabricó la máquina del mundo, con poder no sólo sorprendente sino tam-

¹ Goudé, *Le collège.*

² Serm. 36 de temp.: de bap. Christi.

bién inefable. Como sabio artífice, suspendió los cielos con sublimidad; cimentó la tierra sobre sólido fundamento, y encañenó al mar señalándole límites.»

¡Ah! ¡cuán yerba y menguada es la ciencia incrédula y materialista que, al negar el dogma de la creación y de la providencia, deja al hombre sin luz ni guía ante los arcanos de la naturaleza, le lanza en el terreno resbaladizo de la hipótesis y le precipita hasta en los abismos del error!

4. La Iglesia católica no rechaza las ciencias naturales ni el progreso material.— Cuanto ocupa útilmente al hombre, le perfecciona y contribuye á la prosperidad privada ó pública, ha sido aceptado por la Iglesia, quien, lejos de oponerse al desarrollo de la ciencia humana y á los descubrimientos útiles, los ha amparado y favorecido en todo tiempo. Cierto es que la Iglesia repite á menudo á los hombres que *la salvación eterna es el negocio más importante; que de nada les serviría ganar todo el mundo, si perdiesen el alma*; pero estas preciosas máximas no perjudican á las labores de la inteligencia, ni á la adquisición y goce moderado de los bienes terrenos, ni al progreso material bien entendido¹.

En otro lugar de esta obra se ha dicho lo bastante acerca de los inapreciables servicios que las ciencias deben á la Iglesia (pág. 469 y sg.).

«Es tal la naturaleza del cristianismo, que todo lo penetra», dice Godts², «que está ligado con vínculo estrecho con todas las ciencias. Así como Dios es el Señor de las ciencias, el Verbo encarnado, autor y consumidor de nuestra fe, es el alfa y la omega, el principio y fin de todas las cosas. Basta recorrer la historia universal para convencernos de que en los hechos que narra, ocupa Jesucristo el primer lugar...

«Aun en el estudio de las ciencias naturales ocurren cuestiones religiosas, por el enlace de las verdades sobrenaturales con las naturales. Como el mismo Dios es autor de la naturaleza y de la gracia, uno mismo es el fin de todos los

¹ Cf. Accusations contre la religion.

² Sanctificetur educatio.

hombres; y la religión cristiana no puede ser extraña á casi ninguna verdad del orden natural: á todas anima, á todas se refiere, todo lo penetra, como el alma vivifica al cuerpo.»

«Nosotros los católicos tratamos la ciencia con todo el respeto que se merece; la honramos y la promovemos. La historia atestigua que á los primeros Pontífices de la Iglesia católica corresponde la gloria de haber luchado contra la barbarie, reanimado el gusto de las letras y de las artes, protegido á los hombres de talento y dado origen á los más hermosos siglos de la Europa moderna.»¹

En cuanto á las ciencias naturales y á los inventos modernos, la Iglesia tampoco los rechaza; por el contrario, los fomenta, y acepta cuanto contribuye al verdadero perfeccionamiento de la humanidad y está conforme á las leyes de la moral. «Dios ha confiado al hombre á la Iglesia, para que lo restablezca en todos los derechos que le dió primitivamente por estas palabras: 'Someted la tierra y dominadla' (Gen. 1, 28). Por eso la Iglesia presta al hombre su concurso más activo en las conquistas que emprende su inteligencia, y exhorta á los fieles á instruirse en todas las ciencias.»² Tan cierto es esto, que las ciencias naturales han sido y son cultivadas por muchos católicos, á quienes se deben no pocos inventos. «Decir que la Iglesia mira de reojo las formas modernas de los sistemas políticos y que rechaza indistintamente todos los descubrimientos del genio contemporáneo, es una vana é infundada calumnia. Ella reprueba, sin duda, las opiniones malsanas, la pernicioso inclinación á la revuelta y particularmente esa nociva predisposición de los espíritus, precursora del alejamiento de Dios. Pero como toda verdad no puede proceder sino de Dios, la Iglesia reconoce como una especie de vestigio de la inteligencia divina en todo lo que tienen de verdadero los descubrimientos humanos; y como las verdades naturales no se oponen á la doctrina revelada, sino antes bien muchas de ellas la confirman; y como toda verdad descubierta puede servir para conocer y alabar á Dios,

¹ Meigne. Los esplendores de la fe.

² Accusations contre la religion.

la Iglesia acoge siempre de buena gana y con gozo cuanto aumenta el dominio de las ciencias; y, según su costumbre, tiene vivo empeño en desarrollar y en promover todas las disciplinas humanas, entre ellas las ciencias naturales. En esta clase de estudios, la Iglesia no se opone á ningún invento: por el contrario ve con agrado cuanto tiende al decoro y comodidad de la vida. Enemiga de la inercia y de la pereza, quiere eficazmente que el espíritu humano se prepare, por el ejercicio y la cultura, á producir abundantes frutos; estimula toda clase de artes é industrias, y dirigiendo con su virtud todas las investigaciones humanas hacia un fin honesto y saludable, procura impedir que la inteligencia y el esfuerzo del hombre le alejen de Dios y de los bienes celestiales.¹

Al tratar del progreso, lo clasificamos en intelectual, moral y material. El progreso intelectual consiste en la elevación del espíritu sobre las cosas creadas, mediante la posesión de la verdad. La Iglesia aplaude este progreso y procura desarrollarlo con la poderosa fuerza de que dispone. El progreso moral, ó, mejor dicho, el espiritual, que es su último término, consiste en la tendencia continua del alma á la perfección,

¹ «Quod inquam, Ecclesiam recentiori civitatum invadere discipline, et quæcumque horum temporum ingenium peperit, omnia promiscue repudiare, inanitas est et setima calumnia. Insaniam quidem repudiat opinionum: improbat nefaria seditioium studia, illumque nominatim habitum animum, in quo initia perspicuntur voluntarii discessus a Deo; sed quia omne, quod verum est, a Deo proficisci necesse est, quidquid indagando veri attingatur, agnoscit Ecclesia velut quoddam divinæ mentis vestigium. Cumque nihil sit in rerum natura veri, quod doctrinis divinitus traditis fidem abroget, multa que adrogent, omnique possit invento veri ad Deum ipsum vel cognoscendum vel laudandum impellere, idcirco quidquid accedit ad scientiarum fines profectos, gaudente et libente Ecclesia semper accedit: eademque studiosæ, ut solet, sicut alias disciplinas, ita illas etiam fovet ac provehet, que posite sunt in explicatione naturæ. Quibus in studiis non adversatur Ecclesia si quid mens reperit novi: non repugnat quin plura querantur ad decus commoditatemque vite; immo, inertie desidieque inimica, magnopere vult, ut hominum ingenia uberes ferant exercitacione et cultura fructus: incitamenta præbet ad omne genus artium atque operum: omniaque harum rerum studia ad honestatem salutemque virtute sua dirigens, impeditre nititur, quominus a Deo bonisque coelestibus sua hominem intelligentia atque industria deflectatur (Encycl. *Immortale Dei*, d. d. 1 Nov. 1885).

que se obtiene elevándola hasta Dios y uniendo la voluntad humana con la suya. La Iglesia no sólo quiere este progreso, sino que es la única que puede concederlo; porque el alma, para ser perfecta, necesita de un socorro divino especial, llamado *gracia*, cuya distribución entre los hombres hace Dios ordinariamente por medio de la Iglesia.

El progreso material consiste en la actividad del comercio, en los procedimientos de la industria, en el trabajo de las máquinas, en los inventos que hacen las relaciones más activas y el trabajo menos fatigoso, en las mil creaciones, en fin, que aumentan el bienestar y las comodidades de la vida, haciéndola más fácil y halagüeña. La Iglesia no rechaza este progreso, pero lo teme, no porque en sí sea malo, sino porque, al traspasar los justos límites (como ordinariamente acontece en los pueblos), fomenta las pasiones, favorece la molice y sirve de obstáculo á la virtud y al perfeccionamiento moral del hombre. Este progreso, llevado al exceso, *hace del hombre una máquina, y de la máquina un hombre*, según el dicho de un célebre economista.

5. Acusaciones infundadas que se hacen á la Iglesia como á enemiga del adelanto científico y material.—Á pesar de los inapreciables beneficios que las ciencias y el progreso deben á la Iglesia, se la califica por algunos de obscurantista, de enemiga de la civilización, de opuesta á los inventos modernos y al adelanto material. Interpretando mal su doctrina, que prescribe al hombre *no sacrificar el espíritu al cuerpo, ni los intereses eternos á los temporales, y buscar ante todo el reino de Dios y su justicia*, afirman nuestros adversarios que la Iglesia condena todo progreso y que exige de sus súbditos la renuncia á todos los goces sensibles, para entregarse á un *misticismo exagerado*. Por esto califican á los conventos de *centros de obscurantismo* y hacen guerra tenaz á la vida cristiana.

¡Cuán errados están los que propalan tales asertos! ¿En qué se oponen y perjudican las máximas del evangelio, que moderan las pasiones y favorecen las virtudes, á la verdadera

¹ Cf. *Accusations contre la religion.*

felicidad de los individuos, de las familias y de los pueblos, á su triple desarrollo material, intelectual y moral?» dice un apologista moderno¹: «El decálogo y el *sermón de la montaña*, que son el principio de toda civilización, en ninguna parte se enseñan de una manera tan eficaz como en la Iglesia católica.»

La Iglesia, en obediencia del precepto divino de *enseñar á todos los pueblos*, ha cuidado siempre de difundir por los ámbitos del mundo la ciencia sagrada y la profana, aun como medio de acercar á los hombres á Dios y de perfeccionarlos. Según observa un escritor de nuestros días, al decir el Espíritu Santo que *donde no hay ciencia, no hay nada bueno* (Prov. XIX, 2), no distingue entre la ciencia sagrada y la profana. San Pablo quiere que los cristianos estén llenos de toda ciencia (Col. I, 9). Salomón afirma que *la ciencia es preferible al oro y al diamante, y que la boca del sabio es como una alhaja preciosa* (Prov. XX, 15). San Gregorio de Nazianzo, una de las lumbreras de la Iglesia, decía: «La ciencia es el primero de los bienes; y no me refiero solamente á la nuestra, que concierne á la salvación y á la consecución de los bienes espirituales, sino que hablo también de la ciencia profana. No tener sino buenas costumbres ó poseer sólo la ciencia, es como tener un solo ojo; mas los que brillan en ambas cosas son perfectos.»

«Si Jesucristo no hubiera venido al mundo», afirma La-boulaye, «ignoro cómo habría podido éste resistir al despotismo pagano que lo ahogaba. No hablo como cristiano sino como historiador; y como tal afirmo que, en política como en moral y en filosofía, el evangelio ha renovado á las almas. Con razón datamos nosotros de la *era nueva*, porque una sociedad nueva ha salido del evangelio.» El protestante Guizot dice á su vez que «desde el siglo IV el estado intelectual de la sociedad religiosa (la Iglesia) y el de la sociedad civil no pueden parangonarse: en ésta todo es decadencia, languidez é inercia; en la primera todo es movimiento, ardor y progreso»².

¹ Devotier, Cours d'apologétique.

² Citas de Devotier l. c.

El mismo progreso material, los descubrimientos modernos, que han modificado ventajosamente las condiciones de la vida terrena y favorecido mucho la industria y el comercio, son aplaudidos por la Iglesia, que se sirve á menudo de ellos como de auxiliares para difundir la verdad católica, promover las sanas costumbres y extender el reino de Dios por la redondez de la tierra.

«Para el hombre de fe», dice el cardenal Pie¹, «la naturaleza es tanto más grande y sagrada, cuanto sus efectos exteriores y visibles sirven de instrumento á otras operaciones más elevadas y sublimes. Dios, que es á la vez principio de la naturaleza y de la gracia, ha querido que ésta, como una reina, tenga en aquélla una servidora siempre á sus órdenes.

«Tal vez se ha creído dar alas sólo á la humanidad, y se las ha dado también al cristianismo. Se ha pensado no trabajar sino por los intereses de aquí abajo, y se ha trabajado por la causa del evangelio y por el cielo. Esa red mágica que luego rodeará nuestro planeta en sus anillos de hierro, tiene que ser, sin saberlo, la conductora y propagadora de la verdad y de la gracia. El sacerdote de Jesucristo, que necesitaba meses y años para llegar á los pueblos infieles, se lanza en el *caballo de fuego* que le proporciona la ciencia; y hendiendo en cierto modo los aires, como el profeta á quien el ángel del Señor llevaba por los cabellos, se admira de estar en Babilonia, que no había visto. Si, en nuestros días el sacerdote, el pontífice pueden moverse, multiplicarse con la misma facilidad que la gracia, de la que son dispensadores, y la lentitud de sus pasos no produce casi ningún retardo á los pronto efectos de la palabra que anuncian. Un agente más útil, más delicado, más múltiple y vario en sus efectos que el que se desenvuelve con los aparatos científicos del hombre, se desliza á lo largo de esas líneas y va á herir los corazones con un dardo firme y victorioso. De este modo las nuevas combinaciones de la materia han hecho nacer nuevos recursos á la Providencia divina, que se vale de todos los medios para comunicarse á las almas.»

¹ Œuvres sacerdotales.

«Preocupados los hombres con los bienes presentes», decía hace poco el Padre Monsabré¹, «ignoran que el fin supremo de todos los progresos es el advenimiento universal del reino de Dios en las almas. Ellos, mediante su genio, doman las fuerzas sobre las que Dios les ha dado positivo imperio, aplanan los caminos, aceleran el movimiento, establecen rápida comunicación entre pueblos antes separados por mil obstáculos, aplauden sus esfuerzos y triunfos; y, porque nuestro entusiasmo no entona con ellas un cántico, nos acusan de enemigos del progreso. ¡Cuánto se engañan! Nadie puede estimar mejor que nosotros las conquistas del hombre sobre la naturaleza, porque vemos claramente el último resultado: á saber, la admirable unidad que ellas preparan, unidad hacia la cual tienden las almas — la unidad religiosa — que produce la adhesión de todos los espíritus á las mismas verdades, la fusión de todos los corazones en el amor de un mismo Dios, la sumisión de todas las voluntades á una sola autoridad celeste.»

6. Sabios cristianos.— Desde el origen de la Iglesia, las ciencias y las artes han sido estimadas y cultivadas con esmero por sus hijos, como lo comprueba la historia, siendo esto el mejor mérito que se puede dar á cuantos la califican de retrógrada y obscurantista. Los Padres y Doctores, así como los apologistas cristianos, poseyeron grande erudición sagrada y profana, y nos han dejado obras de relevante mérito. Los Sumos Pontífices han procurado, á su vez, promover y auxiliar el desenvolvimiento de los conocimientos humanos; y durante el largo período de la edad media, las ciencias fueron el patrimonio casi exclusivo de los monjes, quienes salvaron de la rapacidad de los bárbaros los tesoros de la antigüedad clásica y sacaron de ellos copias prolifas y exactas. Casiodoro, en el siglo VII, hizo de la transcripción de los manuscritos sagrados y profanos una de las ocupaciones preferentes de los monjes, y Alcuino organizó en sus monasterios vastas salas con igual objeto, prescribiendo que, «durante el trabajo no se pronuncie ninguna palabra frívola, no

¹ Sermón sobre la obra de la propagación de la fe.

sea que por esto la mano se equivoque en la materia sobre la cual escribe». Con razón Duruy, cuyo testimonio es imparcial, dice que los bárbaros habrían hecho *tabula rasa* de la civilización antigua, si la Iglesia no hubiese recogido los restos mutilados que ellos dejaron. Madre de las creencias, lo es también de la poesía, de las artes y de la ciencia.

Esta labor civilizadora ha continuado y continuará la Iglesia hasta el fin de los tiempos, como lo manifiestan las escuelas, colegios y universidades que ha establecido; el impulso que ha dado á todas las ciencias y el decidido apoyo que siempre ha prestado á las artes. En especial, ha difundido en todo tiempo la instrucción popular, base del progreso intelectual y moral, pudiéndose decir que, *donde ha elevado un templo ha construido también una escuela*. Innumerables decretos dieron los concilios para extender y reglamentar la enseñanza que debía darse en las ciudades, y aun en las aldeas, por los sacerdotes y religiosos, quienes, desde el siglo V hasta el XII, fueron los únicos que se ocuparon en la enseñanza, como lo nota Allain.

«¡Qué magnífica pléyade de pensadores y de escritores nos ofrecen los anales de la Iglesia!» dice Devivier¹. «Apenas salida de las catacumbas, se presentan á defenderla hombres como Orígenes, Atenágoras, Justino, Tertuliano; un poco más tarde saca á luz las obras de San Juan Crisóstomo, San Basilio, San Gregorio de Nazianzo, San Jerónimo, San Ambrosio, San Agustín, San León el Grande; más tarde inspira las obras maestras de Alberto Magno, de San Anselmo, de San Buenaventura, Santo Tomás de Aquino, Bossuet, Fenelón, Masillón, Bourdaloue. ¿Quién podrá contar las obras notables publicadas en todas las lenguas, para exponer, demostrar, desarrollar y defender la verdad religiosa? ¿Quién ignora que las mejores obras literarias son debidas á la inspiración cristiana? Basta nombrar la *Jerusalén Libertada*, la *Divina Comedia*, *Polyeucto* y *Atalia*.»

Y los papas, ¡cuánto han hecho por el progreso de los conocimientos humanos! «Sería interminable», dice Mons. Freppel,

¹ L. c.

«si quisiese enumerar todos los servicios hechos por el papa á las ciencias y á las letras. Os mostraría un papa á la cabeza del renacimiento de las literaturas griegas y latina; á los refugiados de Constantinopla buscando un abrigo á la sombra del trono pontificio; á Lascaris enseñando el griego á la Europa asombrada, desde el Esquilino, junto al palacio de León X; á Nicolás V manteniendo una legión de sabios para buscar manuscritos en el mundo entero; á Pio II, el docto Enecas Silvio, uniendo su ciencia á la de sus protegidos. Y, acercándonos á nuestros días, citaría á Paulo III, animando á Copérnico en sus inmortales descubrimientos; á Gregorio XIII, pidiendo á la astronomía un cálculo regular de los días y de los meses; á Sixto V, aumentando la biblioteca vaticana, que es la admiración de todos los sabios; á Urbano VIII, cuyas poesías latinas figuran con justo título entre las mejores de su género en los tiempos modernos; á Benedicto XIV, á quien Voltaire rendía homenaje saludando en su persona al hombre más sabio del siglo XVIII...»¹; á León XIII, que por su saber, sus escritos y obras grandiosas marchaba á la cabeza de la civilización contemporánea, y favorecía con celo admirable los estudios sólidos, sea en literatura, en lingüística, en ciencias naturales, en historia, en filosofía, en teología; en una palabra, en todos los ramos del saber humano.

En la imposibilidad de mencionar á todos los sabios cristianos, me limitaré á nombrar á los más notables de la edad moderna. Tales son: Agassiz, uno de los más grandes naturalistas de los tiempos modernos, enemigo acérrimo del darwinismo; Faraday, cuya fe y piedad inundaban de alegría su alma; Stokes, físico y matemático profundo; Dumas, el gran químico; Becquerel, decano de la sección de Física en la Academia de Ciencias de París; Agustín Cauchy, insigne matemático; Baumgartner, físico célebre, antiguo ministro de Austria; Chevreul, ilustre químico; Samuel Houghton, autor de los *Principios de mecánica animal*; Trousseau, profesor de la Facultad de medicina de París; Strauss-Durckheim,

¹ Cf. *Deviner* l. c.

anatomista célebre; Haudin, miembro de la Academia de Ciencias; Le Comte, presidente de la Asociación americana para el adelanto de las ciencias; Danson, vicepresidente de la sección de historia natural de la misma sociedad, etc. etc.¹

Atendiendo á las ciencias especiales que cultivaron, he aquí la lista de algunos otros sabios ilustres que han rendido homenaje á la religión y creído en la divinidad de Jesucristo. La metafísica nos presenta á Bacón, Descartes, Malebranche, Leibnitz; las matemáticas á Pascal, Euler, Biot; la física á Newton, Volta, Ampère, Haüy; la astronomía á Tycho-Brahe, Copérnico, Kepler, Leverrier, Secchi; la historia natural á Linneo, Reaumur, Buffon, Jussieu, Cuvier, Beaumont, Flourens, Quatrefages; la medicina á Sydenham, Stahl, Boerhaave, Hoffmann, Recamier, Claudio Bernard, Pasteur; la jurisprudencia á Grocio, Domat, Daguesseau; las bellas letras á De Maistre, Bonald, Chateaubriand, Lamartine, Donoso Cortés, Montalembert, Veuillot.

Lo que llama la atención es que en esta pléyade de sabios hay muchos católicos fervientes y no pocos miembros del clero y de los institutos religiosos. «Con respecto á los descubrimientos é invenciones científicas, el clero no se queda atrás», dice Chateaubriand. «Si en el siglo VIII el monje Alcuino enseña la gramática á Carlomagno, en el XIX otro monje industrioso y paciente encuentra un medio de descifrar los manuscritos de Herculano. Si en 740 Gregorio de Tours describe las antigüedades de las Galias, en 1750 el canónigo Mazzochi explica las tablas legislativas de Heraclea. Muchos de los inventos que han cambiado la faz del mundo civilizado, han sido hechos por individuos del clero. El descubrimiento de la pólvora y tal vez el del telescopio, son debidos al monje Rogerio Bacón: otros atribuyen el primero al monje alemán Schwartz. Las bombas fueron inventadas por Galen, obispo de Muenster; el diácono Flavio de Gioia inventó la brújula, que otros atribuyen al dominico Alberto el Grande; el monje Santiago de Vitry fué el primero que

¹ Cf. *Moigno*, Los esplendores de la fe.

aplicó aquella á la navegación; el monje De Espina descubrió los anteojos, y el papa Silvestre II, el reloj de ruedas.»

«¡Cuántos sabios se admirarían», asegura otro escritor¹, «si les dijéramos que el doctor seráfico San Buenaventura vislumbró, hace seis siglos, la teoría de la termodinámica, ó la unidad y correlación de las fuerzas físicas! Sin duda estuvo muy lejos de nuestros especialistas en la aplicación de dicha teoría; pero no es menos exacto que él presintió esta ciencia y la enunció.

«El Venerable Beda explicó las mareas; el método de educar á los sordomudos se debe al benedictino Ponce de Oña, y fué perfeccionado por el abate de l'Epée; la introducción de las cifras árabes es debida al monje Gerberto, y otro monje, Guido de Arezzo, inventó las notas musicales.

«El religioso Alberto de Sajonia inventó los aeróstatos; el Padre Magnán, el microscopio; los Padres Lana y Beccario descubrieron las leyes de la electricidad; los jesuitas inventaron el gas; la meteorología ha recibido sus últimos perfeccionamientos de los Padres Piazzi, Denza y Secchi; el Padre Barranti ha inventado el moderador de freno de las locomotoras y el dominico Padre Embriaco el hidrocrómetro.

«¡Cuántos otros sabios han ilustrado los claustros ó dado un brillo incomparable á la cátedra sagrada! ¡cuántos escritores célebres, cuántos hombres distinguidos en las letras, cuántos viajeros ilustres, cuántos matemáticos, químicos, astrónomos y anticuarios, cuántos hábiles hombres de Estado! Nombrar á Sugerio, Jiménez, Alberoni, Richelieu, Mazarino, Fleury, ¿no equivale á recordar los más grandes ministros y los hechos más notables de la Europa moderna?»

Mencionaremos á otros miembros del clero que han hecho varios descubrimientos. El Padre Parsinelli inventó el anemógrafo y el abate Caselli el panteógrafo; el misionero Petitot es notable por sus estudios geográficos; el Padre Denza, por sus *Memorias* sobre las estrellas fugaces; el Padre Bertelli, por sus observaciones y sus aparatos microsismométricos;

¹ Cf. «Accusations contre la religion».

el abate Mercatelli, por sus estudios de los volcanes, y el Padre José Algué por su barociclómetro.

Después de recordar nombres tan preclaros y de hacer mención de las obras inmortales que nos han legado, ¿será justo que los adversarios de la Iglesia la llamen enemiga del progreso y que califiquen de credulidad y simpleza el acto de fe, siendo así que los más grandes sabios del mundo han rendido la frente ante las enseñanzas divinas? La Iglesia, desde su establecimiento en el mundo, es, según la hermosa frase de un escritor, como el sol en el Universo: ella difunde por todas partes luz y calor, penetra y se insinúa por doquiera, sin que nada escape á su influencia benéfica. Por esto De Maistre ha podido decir: Mirad un mapamundi; en donde se detiene el influjo de la Iglesia, allí se detiene la civilización; fuera de ella, todo es barbarie. La historia de la civilización es la historia misma del cristianismo, añade Donoso Cortés: escribir la una es escribir la otra.

CAPÍTULO DÉCIMO. LA FILOSOFÍA.

1. Importancia de la filosofía y empeño con que ha sido cultivada en todo tiempo.— 2. La filosofía y la teología constituyen la fuente de los conocimientos humanos; auxilio que se prestan entre sí y subordinación de la primera á la segunda.— 3. Impotencia relativa de la filosofía.— 4. Daños que ha causado la filosofía desligada de la fe ó opuesta á ella.

1. Importancia de la filosofía y empeño con que ha sido cultivada en todo tiempo.— Entre las ciencias del orden natural, ocupa el primer lugar la filosofía, la más noble, útil, amplia y profunda de todas ellas, tanto por su objeto y fin, como por el lustre que su estudio comunica á las facultades humanas.

Dotado el hombre de entendimiento, que es como un rayo y participación de la inteligencia divina, tiene aptitud de conocer é investigar la verdad, á la cual se siente irresistiblemente atraído. La filosofía guía al hombre en esta grata